

ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA

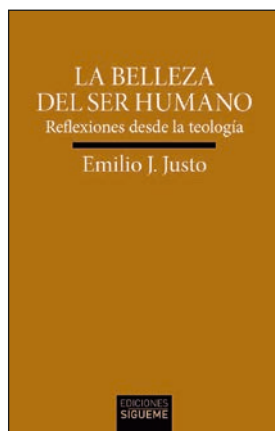
No es un tratado o una monografía exhaustiva, pero este libro ofrece de forma sencilla un rápido panorama sobre la materia

Un 'quién' más allá del 'qué'

La antropología siempre nos interesará porque siempre seremos humanos. Alguien podría decir que no hay tal cosa como la antropología, ya que este término designa únicamente un objeto material, mientras que el objeto formal debería ser especificado con el adjetivo correspondiente a la disciplina desde la cual se estudia al ser humano. No lo cree así **Emilio J. Justo**, para quien solo existe una antropología: "La ciencia que piensa al ser humano como tal y se pregunta por el ser y la identidad del hombre". Este pensamiento sobre el hombre se enriquecería a partir de las perspectivas de cada una de las ciencias. Pero, por más que estas intenten mostrar *qué* es el hombre en sus distintas dimensiones, el ser humano es un *quién*. El problema de la antropología es intentar objetivar algo (alguien) que trasciende la condición de objeto. Ello nos introduce en el terreno del misterio y legítima el planteamiento religioso y teológico sobre la identidad humana.

El primer capítulo del libro aborda la dimensión creada del hombre. Tras un rápido repaso de los dos primeros capítulos del Génesis, aprendemos a diferenciar entre la creación y la transmisión de la vida, como ya hicieran los escolásticos entre la causa primera y las causas segundas. De lo contrario, sería difícil sostener que también nosotros, no solo los primeros humanos, somos creación de Dios. La consideración de la expresión "imagen de Dios" permite, por su parte, introducir el tema cristológico, viendo en Cristo el destino para el que hemos sido creados.

Al crear al hombre como interlocutor suyo, Dios lo constituye como persona. Frente a quienes pretenden distinguir entre ser humano y persona –ya que el ser personal se caracterizaría por unas condiciones que no todos los humanos



LA BELLEZA DEL SER HUMANO

Reflexiones desde la teología

Emilio J. Justo

Ediciones Sígueme

Salamanca, 2022 · 144 pp.

cumplen, mientras que, a su vez, sí se encuentran en algunas especies no humanas–, la persona no se define por la posesión de ciertas características, sino por el descubrimiento de un alguien. La singularidad del hombre no se reduce a la unicidad de cada ente, sino que conlleva una originalidad marcada por una condición de absoluto.

Pese a su brevedad, el libro va presentando en perspectiva teológica los temas habituales de la antropología: la corporalidad, la libertad, el amor, el pensamiento o la dimensión comunitaria. No podía faltar un capítulo dedicado a la fragilidad. El título de la obra menciona la belleza, pero la realidad nos enfrenta a lo que solemos designar como mal, y que se refiere tanto al límite de la existencia (sufrimiento y muerte) como a la frustración en la aspiración al bien (el mal moral). No sorprende que el primer apartado de este capítulo trate de la finitud, según una bien asentada tradición metafísica.

Tal finitud se expresa, primero, en la vulnerabilidad, compartida, es cierto, por otros seres vivos, pero que en el ser humano se vuelve particular en la medida en que somos también vulnerables en nuestras relaciones, algo que, en última instancia, se puede aplicar a Dios, quien, al crear, pone su libertad en manos del hombre.

La expresión última de la finitud se da en la muerte. Por más que hoy se intente superar el límite de la mortalidad natural (posthumanismo y transhumanismo), nada garantiza que el individuo no pueda ser destruido, siquiera accidentalmente. La muerte pone un límite dramático que desafía a construir una vida con sentido y a pensar una vida más allá de la muerte. Para el hombre, la muerte no es un mero acontecimiento biológico, sino una tragedia.

Dimensión teologal

El último capítulo se dedica a la dimensión teologal del ser humano. Las expresiones religiosas de la humanidad son testimonio de una dimensión constitutiva de lo humano. El hombre está abierto a lo trascendente; lo espiritual está unido tanto a la interioridad como a las relaciones y al misterio de Dios. Aunque a veces se promueve una espiritualidad "atea", como un sentido de la profundidad o la interioridad, lo espiritual conduce a la relación personal con el que es absoluto y trascendente.

Si en capítulos anteriores hablaba de la fragilidad de la condición humana y de su límite natural en la muerte, ahora lo hace de la salvación y la eternidad. La salvación incluye todas las dimensiones de lo humano: lo personal y lo comunitario, lo corporal y lo espiritual. Ante la experiencia personal e histórica del fracaso, la salvación exige redención del mal.

Dadas la brevedad de la obra y la multitud de temas abordados –en la práctica, casi todos los habituales en la antropología teológica–, el lector no ha de esperar un tratado o una monografía exhaustiva, sino un libro que ofrece de forma sencilla un rápido panorama de dichas cuestiones.

ALFONSO NOVO